

Vamos a la sorpresa cotidiana
 como íbamos de niños al balcón
 la mañana de Reyes,
 después a las esquinas o a las rejas,
 hoy al tibio herbolario del soñar.
 Recogemos su don, caliente, maloliente
 o azul con vetas claras;
 ternísimo, desnudo
 o arropado con líquenes;
 viscoso, con escamas,
 podrido, repodrido,
 angélico, callado,
 clamante o frío... En cada
 esquina de nuestra alma está apostado.
 Huérfano a veces y temblón: esquivo
 como liebre de sal o daga de aire;
 quebradizo, crugiente pan de un horno
 que Dios o el Diablo cuidan y encandilan;
 atracante, voraz...

¡Dáme la aurora
 del día mío fuera del cerrado
 donde el tiempo se viste y se desnuda
 como artista o serpiente!
 Dáme tú, proveedor de escalas aéreas
 y de hoscas sumideros misteriosos,
 la diaria ración que necesito
 para gritar, mirando frente a frente,
 a esa pupila negra, inquisidora,
 a esas manos destrísimas que saben
 despegar la cordial calcomanía
 que anima nuestra tierra
 y separar las vidas que juntamos
 con íntimos sudores y deseos.
 Yo no sabré jamás si tu burbuja
 tira hacia arriba o lastra la extendida
 mano que tiendo mendicante, pero
 sé que soy, que sería la cometa
 perdida, el perro ciego,
 la mañana sin luz, el cheque en blanco,
 sin el racimo de tu azar o celo,
 sin tu don, que me escupes o regalas,
 sin la llaga que entreabres en la tersa,
 la repugnante y virginal tersura
 que tú, desconocido generoso,
 arrojas desdeñoso o diligente,
 sobre esta espera de vilanos, esta
 mudez, ceguera, soledad u olvido
 de vidrio entre rastroja
 que sabe puede destellar si le echas
 a su lengua de perro, la piltrafa
 de tu eternal saber.

Federico MUELAS.